

IDENTIDAD NACIONAL Y EL APORTE JESUITA POR MEDIO DEL LENGUAJE EN LOS SIGLOS XVI – XVIII

Mario Luna
Leandro Pérez*

RESUMEN:

La instalación de la sociedad española en territorio chileno, trae consigo todo un corpus de creencias y símbolos provenientes del continente europeo, entre los cuales cuenta la lengua castellana que servirá como instrumento de comunicación, y en su sentido más amplio, de construcción de realidad, al tiempo que favorece las relaciones sociales entre la sociedad española y la indígena, siendo éste -el lenguaje- un medio de canalización para dicha relación. Por su parte, la religión perteneciente a ese corpus de creencias y símbolos, llevará a cabo tanto su oficio religioso, como también dos singulares labores que serán determinantes en la conformación identitaria de la sociedad colonial: la evangelización y la educación; de ese modo, la Iglesia Católica, fundamentalmente, por medio de la orden de la Compañía de Jesús consagrará los dos aspectos señalados. En definitiva, las áreas de influencia social y cultural de la Iglesia, se verán encaminadas a través del uso del lenguaje y su aplicación en la metodología misional y la labor educativa, dinámica que será consolidada principalmente por la orden jesuita. En este periodo (segunda mitad del siglo XVI y primera mitad del siglo XVII) se constituirá un inicio del sentido identitario nacional.

Palabras clave: identidad, lenguaje, evangelización, educación y jesuitas.

NATIONAL IDENTITY AND THE JESUIT CONTRIBUTION THROUGH LANGUAGE S. XVI – XVIII

ABSTRACT:

The establishment of the Spanish society in the Chilean territory brings a corpus of beliefs and symbols from Europe, such as the Spanish language. This element will serve as an instrument of communication, and in its wide sense, as a constructor of the reality. Meanwhile, language will benefit the social relations between the Spanish society and the native society, being this language a channel for this relationship. In other hand, religion also belongs to that corpus of belief and symbols, carrying out his religious service, as well as two singular works that will be determinant in the identity conformation of the colonial society: the evangelization and the education. In that way, the Catholic Church, primarily through Compañía de Jesús order. Definitely, the areas of social and cultural influence of the church, are going to be on the right way by the use of the language and its use on the missionary methodology and the educational work, activity that in the future will be consolidate by the Jesuit order. In this period (second half of the s. XVI and second half of the s. XVII) it's going to be established a starting point of the national identity sense.

Keywords: identity, language, evangelization, education and Jesuits.

Recibido: 15 de noviembre de 2010.

Aceptado: 25 de abril de 2011.

* Estudiantes del Departamento de Historia y Geografía, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación.

INTRODUCCIÓN

La Identidad es uno de los varios elementos de constitución de una Nación, ella tiene sus bases a partir de la conformación de los Estados-Naciones europeos en el siglo XIX, y se consolida en el siglo XX. Los nacientes Estados Americanos del siglo XIX se apropiarán de dicha categoría como elemento de aglutinación de las sociedades de esta época, que hasta entonces, se congregaban bajo la categoría de súbditos del reino de España, sin embargo, la identidad como la economía, la política o los intereses sociales, son sólo una parte de los factores que ayudarán a la conformación del proyecto nacional.

1. EL CONCEPTO DE IDENTIDAD Y LA CONFORMACIÓN DE LA IDENTIDAD NACIONAL

El concepto de Identidad Nacional se constituye en base a elementos multifuncionales y multipropositivos, uno de los cuales es la religión, la cual obedece a una trascendencia histórica que precede a la propia conformación del Estado chileno, pues tiene sus orígenes antes de la llegada de los españoles a América, para el caso de las culturas indígenas, y a la llegada de los españoles a este continente, para la conformación de la sociedad criolla–mestiza. De tal forma, la religión es un elemento presente en la conformación de Identidad. Para este segundo momento, la Iglesia, como institución administradora de una religión -Católica-, proyectará por medio de la educación, la labor pastoral, y sus múltiples propósitos religiosos, la evangelización en el nuevo mundo. Ésta se llevará a cabo por distintos medios: danza, pintura, educación formal, acompañamiento espiritual, oración, rezos, cantos o poemas. Serán, pues, estos últimos los de nuestro interés (oración, rezos y cantos), ya que se agrupan bajo la categoría del lenguaje, y aun más precisamente, bajo la consigna de la tradición oral -palabra hablada-. Para llevar a cabo la labor de evangelizar, órdenes como los Dominicos, Franciscanos y Jesuitas, asumieron dicha responsabilidad, no obstante, estos últimos constituirán un desarrollo destacado en esta misión, durante su presencia de más de un siglo en Chile.

Si bien la Identidad se constituye en base a elementos multipropositivos, la discusión en torno al concepto no se ha dado por superada, porque, está presente en la palestra del debate académico frecuentemente, lo que ha generado un cuestionamiento constante en torno al concepto. Por una parte, se advierte que efectivamente es propio de la conformación de los Estados–Naciones, ya sea en América, iniciado a partir del proceso de emancipación o en Europa a partir del fin del Imperio Napoleónico y el consiguiente nacimiento del “Sentimiento Nacional” en territorios como Austria e Italia.

Al mismo tiempo, hoy se advierten nuevas premisas en relación al concepto; la idea que la identidad no es una noción de construcción individual, sino de carácter colectivo, es una de ellas. Diversos autores sostienen que ésta se construye en contacto con otros, en tanto la diferenciación respecto a esos otros es su esencia; en la medida en que el individuo no puede concebirse sin el medio, requiere de los otros para conformarla. Por tanto, podemos proponer que “la identidad sólo cobra existencia y se verifica a través de la interacción: es el

ámbito relacional, en el inter-reconocimiento donde las distintas identidades personales que vienen delineadas por una determinada estructura social se consensuan” (Subercaseaux, 2006). “La identidad es siempre un compromiso, una negociación –podría decirse– entre una auto-identidad definida por sí misma y una hetero-identidad o una exo-identidad definida por los otros” (Cuché, 1999: 4-5).

El debate se ha complejizado un poco más allá de lo propuesto por las premisas anteriores, ya que éste gira en torno a los cuestionamientos acerca de una proyectable pérdida de elementos tradicionales que delimitan nuestra identidad, es decir, las categorías compartidas de la sociedad, cuyo significado es culturalmente definido, ‘Identidades Culturales’ (Larraín, 2003: 5); todo ello debido a factores externos a la propia Nación, como la globalización. En este sentido, Subercaseaux (1997) nos invita a reflexionar:

Por otra parte, los “nosotros” de mayor fuerza y persistencia simbólica se construyen cada vez más en torno al fútbol o a programas de radio y TV, o a los partidarios de Quenita o el Chino Ríos. También las identidades se conforman en el consumo de bienes que integran y diferencian simbólicamente a los usuarios, en torno a un cierto tipo de ropa, a una marca determinada de motocicleta, a un aro en la nariz, o a cierto tipo de música [...] (Subercaseaux, 2006: 40).

Para continuar el debate y complejizarlo, el autor advierte la existencia de una destacada presencia en el espacio público de las identidades de género –feminismo, homosexualismo, machismo–, como también etarias –jóvenes, adultos mayores–, las cuales se podrían llegar a considerar igualmente como parte del escenario mundial que nos entrega la globalización. En consecuencia, si nos hacemos cargo de lo anterior, deberíamos entender que la Nación se ve debilitada ante la posibilidad de apelación a un “nosotros” común, pues se ve superada por las características particulares de algunos grupos sociales (etarias, género u otras). Sin embargo, esto no tiene mayor importancia, ya que dichos elementos no dejan en jaque las “Identidades Culturales”, debido a que son sólo parte del mismo proceso de constitución de la identidad nacional, que considera a ambos elementos (identidades culturales y particulares) para la conformación de la misma. En efecto, Subercaseaux apela a entender este concepto, no como una esencia inmutable, sino como un proceso histórico de construcción y reconstrucción.

La identidad nacional se define no como una esencia inmutable, sino como un proceso histórico permanente de construcción y reconstrucción de la comunidad imaginada que es la nación o que es un determinado grupo y sector cultural. Las alteraciones ocurridas en sus elementos no implican entonces necesariamente que la identidad nacional o colectiva se haya perdido, sino más bien que ha cambiado [...] (Piqueras, 1997: 22).

De este modo, la afirmación del autor no trata, pues, de relativizar la identidad nacional, ni tampoco desconocer los componentes que la constituyen, sino más bien, reconocer que las identidades culturales (‘identidades colectivas’ (Piqueras, 1997: 22)) se transforman por

un constante movimiento entre la tradición y el presente –sólo mutan sin perder su esencia–. Para enfatizar en ello, Subercaseaux agrega que:

Dentro de esta línea de pensamiento, la nación, o una determinada localidad, junto con ser un dato geográfico y una territorialización histórico-política, es también un constructo intelectual y simbólico. La nación, o una determinada localidad, por lo tanto, sería, al mismo tiempo, una realidad constatable que existe y ha existido independientemente de la subjetividad, y una comunidad imaginada o relatada, vale decir un constructo intelectual y simbólico (Subercaseaux, 2006: 24).

En el mismo marco de la construcción identitaria, el concepto de nacionalismo; se alude como interventor para el rescate de aquello que es más particular de un pueblo, por tanto, no se vincula a un concepto geopolítico y cultural de delimitación, sino de los elementos constitutivos que conforman a una Nación, es decir, la memoria compartida. En este aspecto, sin duda, la religión es un elemento de tradición y, en consecuencia, parte de la memoria compartida del pueblo; “El nacionalismo se convierte en un rescate de aquello que es más particular de un pueblo: la lengua, las costumbres, las tradiciones, los modos de ser, los refranes, etc.” (Subercaseaux, 2006: 27)

2. LA IDENTIDAD NACIONAL Y EL LENGUAJE COMO SIGNO CONSTITUTIVO DE ESTA

Como hemos visto, la identidad nacional no se constituye en un concepto estático que obedece a factores tradicionales inamovibles, sino más bien se trata de la construcción y reconstrucción de dichos elementos, los cuales están en constante recuperación por el propio nacionalismo, que se preocupa que su preeminencia sea latente y palpable en todo momento histórico, indistintamente de los elementos que circunscriban a ese momento.

Por otra parte, es preciso ahondar un poco más en la construcción de identidad en sí, la cual se ha constituido más allá, incluso de la memoria colectiva o los signos que rescata el nacionalismo. La identidad, pues, se constituye en base a la construcción, deconstrucción y reconstrucción de los elementos que la componen, como al mismo tiempo de gestos y signos significantes, entre los cuales cuenta, por cierto, el lenguaje y aun más precisamente los signos lingüísticos, que a su vez se constituyen en base a la idea que existirá un entendimiento común para todos.

Para G. H. Mead los individuos interactúan mediante gestos significantes, símbolos lingüísticos que tienen un contenido que es más o menos el mismo para individuos diferentes y por lo tanto significan la misma cosa para todos ellos. Los gestos vocales despiertan en el individuo mismo las respuestas que él está tratando de producir en el otro, de manera que desde el punto de vista de esa respuesta él es capaz de dirigir su conducta posterior (Larraín, 2003: 31-32).

A pesar de lo que nos propone G. H. Mead, ello no es del todo así, pues para el caso de los primeros procesos de evangelización en Chile, es necesario recordar que los evangelizadores Jesuitas hablaban la lengua castellana, mientras que los indígenas, sus lenguas autóctonas,

por lo que, el lenguaje fue en un primer momento un obstáculo en la misión de la orden -aunque fue superado exitosamente, a través de los medios que señalaremos posteriormente-. Más tarde, será este mismo obstáculo el que invitará a la compañía y a todas las órdenes en general a buscar los medios y modos de cómo realizar cabalmente su labor, llegando incluso a aprender las propias lenguas autóctonas.

El lenguaje -la palabra hablada- es el elemento de interés de esta investigación y junto a ello, la transmisión evangelizadora de la orden Jesuita, los cuales evidenciarán elementos de permanencia que podemos llegar a constituir como parte de la construcción identitaria original, durante los siglos XVI al XVIII. Si pretendemos acercarnos al proceso de evangelización en Chile, y su vinculación con los rasgos identitarios de larga duración, es preciso hacer un recorrido general por la labor de la Iglesia Católica en el reino de Chile, y particularmente de la Compañía de Jesús.

3. LA IGLESIA Y LA LABOR EVANGELIZADORA DE LOS JESUITAS EN CHILE DURANTE LA CONQUISTA Y LA COLONIA

Al recorrer la historia Latinoamericana y particularmente a Chile, inevitablemente debemos recurrir a los hechos acaecidos al interior de la Iglesia Católica, especialmente en el periodo de la Conquista e inicios de la Colonia, donde dicha institución poseía la primacía exclusiva del culto, a la vez que otorgaba legitimidad al proceso en tanto hubiese un fin evangelizador detrás de éste. La Iglesia proporciona al modelo la integración universal. El Estado español le otorga a la Iglesia el rol de constructora de imagen, lo que redundará en la expansión de una mentalidad que se transforma en un elemento de permanencia que permea a toda la sociedad chilena y americana de arriba hacia abajo, con una difusión masiva, no selectiva ni elitista. De esta manera, sería éste el principal sistema de amarre que permitirá que el modelo colonial se mantenga en el tiempo y en la época.

La instalación del culto católico en este reino se presenta en lo inmediato del periodo antes señalado, implantando la evangelización de los naturales incluso desde la llegada de los primeros conquistadores al territorio chileno. La llegada de Pedro de Valdivia en 1541 fue acompañada por la presencia de tres presbíteros: Juan Lovo, Diego Pérez y Rodrigo González de Marmolejo. Este último será nombrado el primer obispo de Santiago, con la creación del obispo de esta ciudad en 1561. En un primer momento, la tarea de enseñar la doctrina a los indígenas fue llevada a cabo por seglares, mientras llegaban las primeras órdenes religiosas. Así lo grafica el licenciado Hernando de Santillán, "para que los encomenderos sean obligados a llevar la doctrina a sus encomiendas que entretanto que no hay clérigos ni religiosos, tengan un español hábil y suficiente" (Guarda Gabriel, 2009: 127). En otras palabras, lo que algunos llaman la "primera evangelización" del momento inmediato a la llegada de los españoles, tiempo antes de la plena vigencia de las estructuras fundamentales de la Iglesia: el establecimiento de la jerarquía, el arribo del clero diocesano y regular y la regularización de la doctrina conciliar (Guarda Gabriel 2009). Dicha evangelización se da por la vía de la encomienda como institución

civilizadora o aglutinadora, y que obliga al español a instruir en la fe al indígena, así como ya hemos mencionado, la inmediata difusión de la fe se realizó por medio de seglares.

Luego, ya con el arribo de las órdenes dominicos, franciscanos, mercedarios y agustinos, y la regularización de la doctrina después del concilio de Trento, la inmediata celebración de los concilios limenses y la posterior llegada de los jesuitas, se consolidó un sistema doctrinal y una metodología misional universal para Hispanoamérica que llevará a uniformar la fe de la población en el territorio, transformándose en la tendencia que seguirá en los siglos venideros.

La evangelización perseguía un único resultado, pero los medios y recursos para llevarla a cabo se disgregaron en distintos recodos. La comunicación y el idioma ofrecían barreras para la interacción indígena-misionero, lo que evidentemente dificulta la difusión de la doctrina y expansión de la fe, mas también, podemos convenir en que dicha barrera se transformó en una oportunidad para el surgimiento de distintos sistemas que buscaban optimizar la comunicación, ya sea en su forma más convencional: intérpretes y traducciones (el trabajo gramático en la traducción de los vocablos mapuche-castellano que hicieron los jesuitas, es ilustrativo en este sentido), o en formas menos convencionales que expresan la creatividad de las órdenes misioneras destacando: los sistemas nemotécnicos; la música (uno de los recursos más seductores en este aspecto, pues conllevó a la apropiación de este recurso por parte de los indígenas, surgiendo de los nativos destacados intérpretes), también el drama (interpretación de escenas bíblicas para algunas celebraciones litúrgicas en las cuales existía una importante participación indígena), y la danza sacra, que, según las fuentes, se constituyeron cuerpos estables dedicados a estas interpretaciones, realizando intervenciones artísticas en solemnidades y algunas fiestas litúrgicas importantes. De esa manera, a través de la danza los misioneros acercaron la fe y la liturgia a los indígenas. Expresión de la aplicación de este recurso es la referencia que realiza el Padre Ovalle acerca de las labores de Luis de Valdivia en la frontera: "salió este indio -dice refiriéndose a uno en particular- bailando entre los demás muy galán a su usanza delante del Santísimo Sacramento" (Guarda Gabriel, 2009: 149). Así también, se hicieron de otros medios como son las ilustraciones (escenas estáticas de representaciones de momentos litúrgicos: *el nacimiento*).

En fin, son variados los ángulos desde los que se orientó la evangelización de los naturales y su integración al modelo cristiano occidental; cuando la comunicación no era un elemento favorable, surgían estos recursos que fueron regulados por los concilios limenses, creando una metodología misional uniforme a todas las Indias Occidentales. En este contexto –según el historiador benedictino Gabriel Guarda (2009)–, la evangelización de América fue nivelada por la metodología misional que surge de los concilios limenses. Los mismos que consiguen la uniformidad en la exposición de la doctrina, lo cual conlleva a que más allá de los propósitos específicos en el plano religioso, se establezca como la gran constituyente de la cultura e identidad iberoamericana (Guarda Gabriel, 2009).

Si debemos referirnos a la evangelización en Chile, es imposible prescindir de la Compañía de Jesús, y su aporte significativo en la protección de los indígenas y la expansión de la fe por medios no tradicionales para la sociedad colonial del XVI y XVII, algunos de los cuales ya hemos mencionado.

Ignacio de Loyola funda la Compañía de Jesús junto a otros presbíteros, estableciendo las reglas que normarían la conducta de los miembros de la orden, siendo recogidas en la bula de constitución aprobada por el Papa Paulo III en 1540. De acuerdo con estas constituciones, los que ingresaran a la orden jesuita debían “hacer voto de pobreza con prohibición de poseer bienes, rentas, censos y otros emolumentos, permitiendo sólo a los colegios, establecidos en las universidades que poseyeran las temporalidades necesarias para aplicarlas a los fines de estudio y alimento de los estudiantes” (Bravo, 2005: 40), además de realizar los votos de obediencia y castidad comunes en las órdenes regulares, realizan un cuarto voto de obediencia al Papa. La orden se extendió por Europa y Asia antes de llegar a América. El trabajo de la congregación consistió “en emplearse en la difusión, propagación y conservación de la fe, buscando la salvación propia y la de los prójimos” (Hanisch Espinola, 1974: XI). Esta institución fue creada en el contexto de la Reforma Católica o Contrarreforma, ellos mismos serían los principales actores de dicho proceso, renovando la Iglesia por dentro después de la crisis que significó la ruptura de la unidad religiosa de occidente, constituyéndose así en los líderes del contra-reformismo y del propio Concilio Ecueménico de Trento.

La Compañía se estableció en América, llegando al Perú en 1568 y a México en 1572, siendo estos virreinos los focos de irradiación apostólica de la orden (Hanisch Espinola, 1974: XI). La llegada de los Jesuitas al Reino de Chile estuvo precedida por una demanda interna que los colonos hacían para el arribo de los misioneros, pues su prestigio los precedía, cuestión que los criollos veían con mucho entusiasmo. Es sintomático que el mismo rey de España, Felipe II, haya financiado el traslado de los primeros misioneros y educadores que llegaron a Chile en 1593, respondiendo de esta forma a la aspiración de la sociedad colonial chilena, que los solicitaba con el objetivo de satisfacer las necesidades espirituales y educacionales del territorio, y por sobre todo, enviar misiones al territorio mapuche, principal modo de convertirlos al cristianismo y a la vida social. En definitiva, serían un medio pacífico para terminar con el Flandes Indiano (Bravo, 2005).

Las labores de los religiosos estuvieron encaminadas por dos sendas fundamentalmente: la misión y la educación por un lado, y la administración de sus temporalidades por otro, teniendo como unidad administrativa básica el colegio, significativa institución para el sistema funcional Jesuita, pues a través de éste se gestionaban las empresas agrarias, como ninguna otra congregación ni institución llegará a conseguir. Por lo cual, “el Colegio se transformaba en una unidad administrativa que tenía una doble dimensión de trabajo. Por un lado, era necesario que mantuviera un servicio educacional y misional eficiente, y por otro, debían ejercer una activa gestión administrativa-económica” (Bravo, 2005: 40).

Es por esto que el trabajo Jesuita se orientó en dos funciones, por una parte satisfacer las necesidades de misión y educación -íntimamente unidas- propias de su labor institucional, y por otra, la adquisición de raíces rurales y hacerlas productivas. En este sentido, la base de la acumulación de bienes fue, principalmente, producto de donaciones de privados¹. La labor educativa de los Jesuitas -como de la Iglesia Católica y el resto de las congregaciones en general, estuvo marcada por cuatro sendas fundamentalmente: La educación de primeras letras, la educación secundaria, que incluía enseñanza para niños y jóvenes Jesuitas, españoles e indígenas. La educación universitaria, que contenía la formación de futuros regulares y laicos, y por último, la escolarización superior de indígenas. En cuanto a la educación de primeras letras, esta iba destinada a niños y jóvenes, españoles e indígenas, laicos y consagrados. Los jesuitas tuvieron escuelas de primeras letras en Santiago al poco tiempo de su llegada, en Castro y Ancho desde 1613, en Valdivia desde 1740 y de 1740 hasta ser expulsados en San Felipe.

Con respecto a la educación secundaria, destaca la fundación del primer colegio preparatorio a la universidad, en lo inmediato de la llegada de la orden, teniendo como primer rector a Luis de Valdivia. Fundaron colegios en Arauco en 1652 (destruido en una sublevación indígena, siendo reabierto en 1666), también en Castro en 1662, en La Serena en 1657, en Santiago en el llamado colegio de San Pablo en 1678, en 1683 tenían además colegios en Concepción y Mendoza y desde 1728 tuvieron otro en Quillota (García Ahumada, 2009).

La educación universitaria está marcada por el establecimiento del Colegio Máximo de San Miguel de Santiago, donde coexistían varias clases de estudiantes; además de alumnos Jesuitas, seminaristas del Santo Ángel, externos religiosos y laicos (a quienes les otorgaban títulos de teología) que acudían a estudiar filosofía y Teología siendo llamado finalmente "Universidad de Santiago de Chile" (García Ahumada, 2009). En 1724 se funda el Seminario de Concepción.

La tercera senda de preocupación educativa, estuvo dada por la intención de propagar la fe en el espacio araucano, generando un sistema de evangelización hacia los personajes más importantes (caciques, hijos de caciques, loncos, etc.) de la población mapuche. Así en 1607 pidió el Rey que se redujera a los indios y se fundara "un colegio seminario para la educación de los indios caciques circunvecinos del estado de Arauco, el cual esté a cargo de la compañía de Jesús, para que les enseñen a leer, escribir, y contar y la gramática y la moral" (Hanisch Espinola, 1974: 56). En este sentido, los Jesuitas atendieron el llamado -casi un siglo más tarde- y en Chillán tuvieron un Colegio de Caciques desde 1770, además del Seminario de Nobles Araucanos (García Ahumada, 2009). También dentro de estas tres líneas de enseñanza

1 Según los anales de la facultad de teología de la Universidad Católica, el 83% de las iglesias fundadas durante la colonia fueron producto de iniciativa seglar, y sólo el 16% iniciativa eclesial, lo que demuestra el interés de privados por la celebración y expansión del culto. En Marcial Sánchez (2009).

aplicaron las artes mediante de la educación religiosa: “trajeron de Alemania quince hermanos, entre los cuales además de arquitectos escultores y pintores había ebanistas, tejedores, sastres, cerrajeros, torneros, boticarios... un herrero y un relojero” (Hanisch Espíndola, 1974: 111).

Será prolífero el aporte artístico que realicen los Jesuitas en el Reino de Chile, teniendo tres focos de obraje: los patios del Colegio Máximo, los talleres que funcionaban en la residencia de La Punta y, el más importante, el taller-escuela de La Calera de Tango, allí será donde el Padre Carlos Haymbhausen impulse el trabajo artístico con hermanos e indígenas. Son variados los aportes realizados en esta materia, como la platería, aplicada principalmente a la ornamentación litúrgica: cálices, patenas, custodias, doseles y relicarios, todos hechos de plata u oro. Aun más sobresaliente, “es la relojería la de mayor envergadura, fue el reloj de cuatro fases, con sus apuntadores dorados para la torre de la Iglesia de San Miguel, en que entraron cerca de 40 quintales de hierro...” (Pereira Salas, 1965: 89). La loza de mejor calidad del Reino, por cierto, era producida por la compañía (la casa de la *Ollería* hoy corresponde a la avenida Portugal), existían tres grandes hornos que se usaban para quemar, cocían allí material refinado como la loza vidriada, también con greda de Chequén hacían ladrillos cocidos para obras públicas. De dicho “taller salieron botijas, tarros, tinajas, vidriadas blancas y coloradas, platos enfriaderas” (Pereira Salas, 1965: 90-91). El fino trabajo ebanista, para la fabricación de muebles para iglesias, sacristías y las casas, y la fabricación de órganos.

Es inconmensurable el aporte Jesuita al arte del reino, las especialidades suman y siguen, fueron grandes escultores, pintores y arquitectos (destacan la Iglesia de San Miguel y la residencia de San Sebastián de Bucalemu). La orden tiene una preponderancia en las áreas del conocimiento y la cultura. En el arte, llama la atención no sólo la calidad y prestigio que alcanzaron las obras, sino también la variedad y cantidad de especialidades que encontramos en los diversos talleres, colegios y residencias, todo ello enfocado desde la educación y esta visión sistémica del conocimiento donde la preparación de hermanos o laicos, españoles y naturales, fue realizada desde todos los recodos del conocimiento, incluyendo este arduo trabajo artístico.

Sin duda, la labor educacional jesuita constituye un aporte significativo a la evangelización de los naturales y su integración al modelo occidental que venía a imponer la sociedad de conquista. Fueron prolíferos en lo material y en lo espiritual, también, a partir de la educación, se dedicaron a la protección de los indígenas del servicio personal y de la esclavitud, así la labor educativa necesariamente requiere de una interacción con el sujeto al cual está orientada tendiendo a mejorar sus condiciones de vida, en tanto hijo de Dios, para así conciliar una educación que redunde en la socialización y conversión de los naturales.

Es importante señalar que como gran acierto tuvieron la preocupación de diseñar distintos manuales de traducción de una lengua a otra, con el fin de hacer la misión mucho más aprehensible para los indígenas, trabajo que destacó Luis de Valdivia (1593), pues hacia

su arribo a Chile no requería de intérpretes para comunicarse con los indígenas. Ello, la traducción de la lengua, trajo consigo consecuencias trascendentales para la mentalidad y el sentido de integración del indígena al modelo cristiano occidental. Mediante el lenguaje y su expresión de realidad, pues, a través de la tradición oral o escrita, se abre un nuevo mundo a los indígenas, el mundo de la civilización y la fe, encaminados a la socialización al sujeto y su integración al modelo.

La labor misionera también tuvo como semblante principal, defender al indígena del servicio personal que le pudiera conferir el encomendero, y la esclavización de estos aun cuando sean presos en la guerra. Pues bien, la labor misional se concentró principalmente en la frontera, donde la actividad era más compleja, así también son notables las reducciones que lograron concretar en la isla de Chiloé y aun más al sur, en Tierra del Fuego. Sin embargo, fue el trabajo con el pueblo Mapuche junto a su racionalismo administrativo en la labor económica, el aporte decisivo en el conocimiento, las artes y manualidades y el sinfín de actividades que realizaron las que hacen que la Compañía de Jesús se consolide como la orden más importante del reino de Chile y de toda Hispanoamérica.

Con la atención puesta en la frontera, zona de campo y guerra como decíamos, su gran triunfo fue la aceptación de Felipe II sobre la aplicación del plan de Guerra Defensiva, ideado por el Padre Luis de Valdivia como forma de llevar a cabo la experiencia pacificadora. Llegaron provistos de documentos, permisos y con los sínodos que el Rey les había asignado para su misión y que deberían ser sacados de los fondos del real situado. De esta manera, los jesuitas entraron en Concepción y tal, como sucedía en todos los sitios, los vecinos los apoyaban materialmente, lo que les permitió establecer la residencia y el Colegio. Allí se habrían encontrado con tres grandes dificultades, primero la resistencia de los naturales a abandonar su cultura ancestral junto con someterse al Español, segundo, la resistencia de algunos españoles comerciantes, que perdían el buen negocio de vender como esclavos a los Indios de guerra y, finalmente, la actitud de las autoridades, que percibían que sus atribuciones militares y civiles se veían desplazadas (Bravo, 2005). “Ante esta realidad los jesuitas buscaron el camino que la práctica les había enseñado, es decir, dedicaron toda su fuerza creadora a mejorar, cultivar y ampliar sus propiedades agrícolas de Santiago, Mendoza y Concepción” (Bravo, 2005: 66-67). Todo ello, en el marco de su labor educativa propia e intrínseca que define la orden, teniendo al colegio como instancia máxima de administración, desde donde ejercieron sus influencias y energías encaminadas a superar las dificultades mencionadas.

La guerra defensiva (uno de los momentos de la guerra de Arauco) no consiguió la incorporación del territorio indígena ni tampoco su sumisión, a ello se agrega la caída de misioneros como consecuencia de los ataques indígenas a religiosos. Todo esto conllevó a una ardua comunicación entre indígenas de la zona y españoles asentados en la frontera, ya sean soldados o los propios misioneros. De este modo, a partir del contacto fronterizo, fueron generándose espacios de diálogo y entendimiento como los parlamentos. En consecuencia,

la proyección de esta dinámica en el tiempo fue generando un espacio de interacción y comunicación que se sostuvo hasta el siglo XIX con la llamada “pacificación de la Araucanía”. La labor misionera de los Jesuitas es extraordinaria, considerando que ellos se encargaron de la situación más compleja, pues eran los únicos que tenían las herramientas necesarias para enfrentar tal desafío.

Por último, cabe resaltar la labor agrícola que realizaron, donde se destacaron por emplear una racionalidad económica aplicada a la gestión agrícola y ganadera, creando unidades productivas de donde se extraiga excedente, lo cual generó un sistema administrativo vanguardista para el siglo XVII, que coordinaba los factores productivos eficientemente, además utilizaba un método contable que le permitía controlar efectivamente costos-beneficios y relacionaba mercados locales con regionales para facilitar la distribución del excedente productivo. “Los jesuitas han sido considerados, al interior del sistema colonial mercantilista como precursores del capitalismo pre-moderno” (Bravo, 2005:8).

4. LOS JESUITAS Y SU LABOR EVANGELIZADORA POR MEDIO DEL LENGUAJE

La celebración de la tercera sesión del Concilio de Trento (1582 – 1583) deja invalidada a la primera y da paso a la normativa que regiría el proceso de evangelización en el Virreinato del Perú. Para Guarda (2009), este concilio estuvo marcado por las pugnas entre las autoridades reales y las eclesiásticas, como también por la influencia que ejercía en Perú la Compañía de Jesús. Sin embargo, a la realización de este Concilio debemos la consolidación de las políticas evangelizadoras.

Ante la imposibilidad de comunicación debido a las distintas lenguas, tanto los seglares como los primeros sacerdotes recurrieron a los sistemas nemotécnicos. Lamentablemente son inexistentes los datos que permitan ilustrar de una manera más eficiente la labor misional y evangelizadora de los primeros misioneros en este territorio, ya que el desastre de Curalaba en 1598, provocó la pérdida de toda la documentación relativa a los tiempos precedentes a dicho acontecimiento. Sin embargo, fuentes secundarias, nos permitirían sostener que los sistemas nemotécnicos (cuadernos con figuras, dibujos láminas, etc.), igualmente fueron utilizados en Chile como en México. “Respecto del uso de los sistemas nemotécnicos, sólo encontramos una mención, por parte del Padre Alonso de Ovalle, de uno implementado por los Jesuitas: el recurso a palillos y piedrecillas para enseñar a rezar a los niños Indios” (Guarda, 2009:135).

El lenguaje representó un obstáculo en un primer momento. No obstante, el mestizaje, como los niños traductores, fueron los dos mecanismos más eficientes y rápidos con que contó la orden para llevar a cabo la evangelización y el adoctrinamiento, lo que no excluye que en la posterioridad los Jesuitas se apoderaran de las lenguas nativas de modo de hacer más eficiente su labor. Según señala Vicente de Sierra, para la orden tuvo “una capacidad de ubicuidad que presupone extraordinarias condiciones de adaptación a la raza, la lengua, los climas, las posiciones, la cultura...” (De Sierra Vicente, 1944: 33), lo que supone que en

ningún momento la Compañía se vio disminuida por su capacidad de comunicación, es más “El deseo, pues, de la salvación, ha de ponerse como fundamento de todos los ejercicios” (De Sierra Vicente, 1944: 35-36). De este modo, la Compañía soslayaba las dificultades, por medio de su vocación de servicio, por su sentido de promulgación de la palabra de Dios, como su compromiso que se fue arraigando cada vez con mayor fuerza para con los indígenas de Chile.

La utilización de la palabra hablada tuvo en sí misma diferentes expresiones; no sólo se trataba de generar comunicación de entendimiento con los Indígenas, sino que además, enseñarles a rezar, a orar, y por cierto, también el canto significó un medio de evangelización atractivo para los propios nativos, lo que no excluye métodos incluso más innovadores como la danza, la pintura o el teatro. Los jesuitas sabían, perfectamente, que el uso de las lenguas nativas era una obligación para ellos con el fin de llevar a cabo su misión. La capitalización de ese recurso por parte de la orden, se constituía en el medio más significativo e importante para el desarrollo de la evangelización. Veamos, pues la significancia de dicho elemento:

Que el que quiere hablar bien y con facilidad esta lengua, después de impuesto en la técnica de ella, se arroje sin temor, miedo ni reparo, a hablar las palabras que sepa, y aunque las diga mal, y se rían tal vez los Indios, no le dé cuidado, que con este denuedo en pocos meses verá la facilidad que adquiere (De Sierra, 1944: 183).

La utilización de la palabra como medio de evangelización llevaba consigo un deseo de la orden por salvar almas, por lo cual un fundamento básico para ello fue la oración y el rezo que la Compañía enseñaba a los indios. “Al día siguiente al alba se toca la campanilla, y la gente se recoge a la Iglesia, habiendo cantado los niños y niñas las alabanzas a María Santísima y barrido la Iglesia: rezan el rosario y luego el padre misionero más joven les predica” (De Sierra, 1944: 185).

Se debe hacer enfatizar que la evangelización no sólo se realizaba por medio de eucaristías o liturgias, sino que la sociabilización evangelizadora era proyectada por todos los medios que la sociedad colonial permitía, ejemplo de ello son las fiestas religiosas como las celebraciones de festividades, de tal modo que éstas generaban un momento ideal para realizar su labor, donde ya no sólo se involucraba la Compañía o las distintas órdenes, sino además a toda la sociedad mestiza-criolla de la época; “las fiestas religiosas que en sí constituían una eficaz vía para la evangelización atraía igualmente a las ciudades, aunque fuese estacionalmente, a grandes grupos de indígenas” (Guarda, 2009: 136).

La música autóctona, por su parte, utilizada desde antes de la llegada de los propios españoles a América por los pueblos indígenas, fue un medio de evangelización importante desarrollado por la Compañía. Ello generaba un gran entusiasmo en los indios. Al tiempo que era atractiva la música fue una de las primeras herramientas empleadas por los españoles para conseguir la conversión de los indígenas, pero la utilización de estos medios no es improvisada

ni somera, sino, por el contrario, existía una preparación en ello, con el objeto de que se entregara pedagógicamente la doctrina. Entre los hombres diestros en estas artes, destacan P. Francisco Cabrera y Gabriel de Villagra, que ya sólo pasado 30 años de la llegada de los conquistadores a estas tierras, nos demuestran los esfuerzos por generar una buena labor evangelizadora; con el tiempo dichas prácticas no sólo recaían bajo la labor de las órdenes, sino que estas se encargaban de desarrollar coros, con los cuales los niños de los caciques se interiorizaban de la religión católica y participaban de las ceremonias religiosas (Guarda, 2009).

Una destacada mención merecen los jesuitas que ejercitaron su labor en los territorios chilotes, “El repertorio musical chilote, en muchos casos vigente hasta hoy, fue principalmente obra de la misión jesuita, iniciada en 1608 y continuada después de la expulsión de la orden, en 1767, por los Franciscanos de Propaganda Fide” (Guarda, 2009:145). Además, con esto, generaban obediencia a lo propuesto por el tercer Concilio Limense (1582 -1583); “Destaca el uso del canto como elemento pedagógico respecto a la evangelización de los naturales... pongan estudio y cuidado en que haya escuela y capilla de cantores y justamente de flauta y chirimías y otros instrumentos acomodados en las Iglesias” (Guarda, 2009:141).

La música y el canto, como se señaló anteriormente, fueron recursos oficiales de la evangelización por parte de los Jesuitas, por lo cual, ello nos ciñe a entender que el proceso de evangelización en ningún momento se circunscribió a asuntos rígidos y excluyentes, sino por el contrario, obedecían a un sincretismo en base al reconocimiento de los sentimientos, actitudes y destrezas que tenían los propios pueblos autóctonos, en unión, con los medios y labor que la propia orden y la Iglesia en general realizaban. Algunos de los comentarios de los jesuitas que evidencia ello es: “sacan los santos a la playa, y así como están cerrados en sus cajones, los conducen a la iglesia cantando las oraciones, Padre Nuestro y Ave María [...]. Al día siguiente al alba se toca la campanilla, y las gentes se recogen a las iglesias, habiendo ya cantando los niños y niñas las alabanzas a María Santísima y barrido la Iglesia...” (De Sierra, 1944: 185). “Juntábase con esta industria infinidad de todos los sexos y predicándoles la doctrina y misterios de nuestra salvación, hacía que la aprendiesen, cantándola con ellos al son de los alegres instrumentos” (Guarda, 2009: 140).

Por otra parte, uno de los aportes más significativos en términos de música, es lo denominado “canto a lo divino”, presente hasta hoy en nuestra sociedad. Son distintos los representantes que desarrollan este tipo de canto popular. El cual es símbolo de la síntesis existente entre lo popular y los aportes de la cristiandad, el canto a lo divino ha tomado la expresión doctrinal de la Iglesia y la ha popularizado por medio de una expresión tradicional. El sincretismo al cual hacemos alusión, es un buen ejemplo de la tradición del pueblo chileno. Un ejemplo, es el tradicional Te Deum Ecuménico en conmemoración de las fiestas patrias, donde este tipo de canto es parte de la celebración litúrgica. Allí existe el reconocimiento a la síntesis del valor popular y tradicional, y por medio de ello a parte de la identidad.

Esta expresión de religiosidad popular se ha caracterizado por constituirse en base a un sincretismo propio de la sociedad mestizo - criolla del siglo XVI- XVIII, y que aún permanece. He aquí entonces, un claro ejemplo de la permanencia de la palabra hablada, como elemento de continuidad, y que se ha transformado conservando los elementos propios de la tradición, pero como señaló Subercaseaux, cambiando a los requerimientos de las sociedades en un determinado tiempo.

5. CONCLUSIONES

Una de las primeras afirmaciones propuestas y aceptadas es aquella definición que estableció Subercaseaux (2006) en relación a la identidad nacional, y junto a ello la concepción de nacionalismo, es decir, reconocemos que la conformación de la identidad nacional es producto de las sucesivas transformaciones que se han generado en los elementos de corte tradicional, y que aquellos elementos son traídos a nuestra memoria y contemporaneidad permanentemente por el nacionalismo. No bastará pues, que nos sintamos parte de una nación definida o que consolidemos la identidad personal por los elementos exógenos a la sociedad. Sino, inconscientemente o a veces conscientemente, se gestará la identidad nacional porque en esa labor no sólo participan los intereses individuales o lo que nosotros como individuos queramos poseer, sino que la gestación de ésta obedece a los elementos de permanencia –identidades culturales– que siempre estarán presentes, pues para ello los Estados–Naciones han estimulado diferentes medios que permiten hacer contemporáneo de forma indeleble aquellos componentes.

Como sabemos que en la conformación de la identidad nacional influyen las identidades culturales, también sabemos que la religión es, sin duda, parte de aquellos elementos, y que por cierto, como lo indica Subercaseaux (2006), ha asumido transformaciones durante el tiempo. Para el caso de la religión Católica en Chile particularmente, ésta se ha constituido en base a las propias formas que le entregan coherencia y armonía a la religión, es decir, doctrinas, solemnidades, festividades; pero, al mismo tiempo, se constituyó en la plataforma del sincretismo generado entre los dispositivos que anteriormente señalamos y los elementos propios de las culturas autóctonas. En este aspecto, toma importancia la labor Jesuita durante el periodo de conquista y colonia, pues ellos capitalizan los instrumentos autóctonos de nuestras culturas indígenas, lo vinculan con la doctrina evangelizadora gestando una síntesis de ambos componentes, que permanecerán en el tiempo, como parte de la memoria colectiva del pueblo, constituyéndose en elementos identitarios sin olvidar, por cierto, que en su constitución también influyó los requerimientos de la sociedad mestiza del siglo XVI en adelante y de las sociedades de hoy. Será, durante este periodo cuando los elementos se sinteticen, al instante en que la labor religiosa en manos de la Iglesia y particularmente de los Jesuitas, establezca un reconocimiento a los elementos indigenistas. Es decir, la evangelización no es un medio de imposición cultural radical -en los términos expuestos aquí-, sino un medio de integración, en donde se reconoce el aspecto de la base social indígena, y desde allí se construye, construcción que en un primer momento buscaba un acercamiento didáctico para establecer lazos con los pueblos autóctonos, un recurso pedagógico que permitiese salvar las almas de los infieles.

Ahora bien, los instrumentos por los cuales los Jesuitas llevaron a cabo su labor son diversos y obedecen a los requerimientos de la propia Iglesia –Concilios– y a las necesidades y medios que tenía la orden para efectuar su labor, entre ellos destacan, la pintura, la danza, el arte; pero al mismo tiempo *el lenguaje*, un recurso que permitió la labor. En un principio fue un obstáculo, porque tenemos el castellano y las diversas lenguas indígenas y, en consecuencia, una imposibilidad de comunicación, dificultad que la orden superó con rapidez, transformándose luego en un medio por el cual se desarrolló la predicación de la Palabra de Dios. De tal modo que para este caso particularmente, la palabra hablada, tanto en los rezos, oraciones como en la música, es un instrumento de difusión, ergo, evangelización.

Dichos medios (rezos, oraciones, música, etc.) se contextualizaron a los espacios y entornos en los que la orden ejecutaba su labor. Ejemplo evidente de ello es Chiloé, donde los cantos de antaño, es decir del siglo XVII, aún permanecen en la memoria colectiva de aquella sociedad, haciendo expresión de ello cada vez que la situación lo permite. La memoria popular se hace presente allí, lo que no quiere decir, que no se haya transformado. Sin embargo, y más allá de eso, forman parte de la identificación, del sentimiento común de aquel territorio, los identifica. Un ejemplo que no es absolutamente propio de la labor Jesuita, pero sí de la labor de la Iglesia, es “el canto a lo divino”, el cual posee un origen europeo, empero, la adaptación, más bien, el proceso de sincretismo, se ha apropiado de dicho canto, gestándose hoy como nuestro, como medio de evocación de un pasado y sentimiento de un presente.

Sin duda, la Compañía fue la institución más exitosa en el logro del sincretismo entre ambas culturas en pro de la ejecución de su labor evangelizadora, pero al mismo tiempo, su éxito se evidencia en la realización e implementación del modelo español y el desarrollo de la actividad cultural y económica, esto no sólo para el caso de Chile, sino América en general. No obstante, dicha situación y labor queda comprometida con la expulsión de los Jesuitas, aunque no deshecha, pues su labor se constituye como parte de los elementos de larga duración, al tiempo que se constituyen en parte de la memoria de los pueblos.

Más allá de definiciones, o de los ejemplos que podamos proporcionar para ilustrar la identidad nacional, es preciso reconocer que como parte de una sociedad mestiza poseemos elementos de diversos orígenes para la construcción de ésta, que no basta el atrincheramiento sólo en una orilla. No basta nuestra “identidad propia”, ya que el pertenecer a una sociedad, a un Estado–Nación, necesariamente nos evoca identidades culturales, ineludiblemente nos evoca un pasado común, con diferencias, pero común al fin. Ya sea que los elementos sean occidental-europeo o indígena-americano, lo importante es que ellos se han adaptado, transformado, construido y reconstruido con el paso del tiempo, con el paso de las condiciones y necesidades que las distintas sociedades han requerido, y como dice Subercaseaux, ello es propio del proceso de construcción constante de la Identidad Nacional.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bravo, Guillermo.** 2005. *Señores de la tierra, los empresarios jesuitas en la sociedad colonial*. Santiago: Ediciones Dirección de Investigación UMCE.
- Cerutti, Angel; González, Cecilia.** y González. 2008. *Identidad e identidad nacional*, Revista de la Facultad de Filosofía y Humanidades 14, Universidad de Chile.
- Cuché, Denys.** 1999. *La noción de cultura en las ciencias sociales*, Barcelona, Ed. Claves, en De Sierra, Vicente. 1944. *Los Jesuitas Germanos en la Conquista Espiritual de Hispanoamérica*. Buenos Aires.
- García Ahumada Enrique.** 2009. La educación en el Chile colonial. En Sánchez, Marcial (Director), 2009. *Historia de la Iglesia en Chile*, Tomo I. Santiago: Editorial Universitaria.
- Guarda, Gabriel.** 2009. Metodología misional en Chile. Siglos XVI-XVIII. En Sánchez Marcial y (Director), 2009. *Historia de la Iglesia en Chile*, Tomo I. Santiago: Editorial Universitaria.
- Hanisch Espíndola, Walter.** 1974. *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*, Buenos Aires: Ed. Francisco de Aguirre S.A.
- Larraín, Jorge.** 2003. *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile*, Santiago: Imprenta Elzeviriana, en adelante, CDI vol. XXVIII.
- Subercaseaux, Bernardo.** 2006. Cap I, Identidad y Destino, el caso de Chile. En Rozas, Germán (compilador), *Identidad, comunidad y desarrollo*. Santiago: Mideplan y U. de Chile.
- Pereira Salas, Eugenio.** 1965. *La historia del Arte en el reino de Chile*. Santiago: Comisión Central de Publicaciones de la Universidad de Chile.